
Mosaico representativo de épocas y personalidades*

*Emilio O. Rabasa***

En nuestro medio resulta poco usual que quien desempeña un cargo se ocupe de sus antecesores. De los más remotos porque, se piensa, ya no interesan; de los más inmediatos, porque pueden interesar demasiado. El olvido, la rectificación, cuando no la irracional crítica, al parecer constituyen las reglas generales.

Entres otros motivos, por eso resulta meritorio, si no excepcional, el que el hoy secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana Morales, haya dispuesto la realización de la obra *Cancilleres de México*, que ahora se presenta. Así, demuestra que en adición a un serio conocimiento de las relaciones internacionales, posee un fino sentido de las relaciones humanas.

La coordinación de la obra quedó a cargo de la maestra Patricia Galeana, cuya preparación histórica y dotes intelectuales, aseguraron que, en unión de un excelente equipo de colaboradores, se lograra un trabajo trascendente.

Finalmente, por lo que a mí concierne, mi agradecimiento al embajador Héctor Cárdenas, quien mostró su profesionalismo y larga experiencia internacional al cubrir el periodo de mi gestión. La responsabilidad de los hechos a mí corresponde; de las evaluaciones, al embajador Cárdenas.

La estupenda obra —auténtico venero de las relaciones exteriores de México— cubre 167 años de la política externa mexicana a través de las biografías de 78 cancilleres. Desde el primero, José Manuel de Herrera, quien fue nombrado el 14 de octubre de 1821 por la regencia del imperio, hasta la gestión del licenciado Bernardo Sepúlveda, con el cual concluye la obra. Esperemos que no haya que aguardar otros 167 años para que, hasta entonces, se narre el meritorio trabajo que realiza el actual secretario de Relaciones Exteriores.

No sólo como efemérides, sino como mosaico representativo de época y personalidades, los dos tomos hoy entregados por la Cancillería nos enseñan, entre otros hechos interesantes, que:

* Palabras con motivo de la presentación de la obra *Cancilleres de México*; tuvo lugar en el auditorio Alfonso García Robles de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el 11 de mayo de 1993.

** Canciller de México (1970-1975).

- Por lo que se refiere al siglo anterior y parte de éste, el secretario de Relaciones Exteriores que mayor tiempo ocupó la titularidad fue Ignacio Mariscal con 27 años 11 meses y 22 días, en tres diferentes periodos. En cuanto al México posrevolucionario, Manuel Tello, con más de ocho años, tiene, hasta ahora, el récord de estadía. Por cierto, don Manuel, en su larga y entregada trayectoria, se inició como canciller —con c minúscula— y llegó a ser Canciller —con C mayúscula.
- En contraposición a los anteriores, quien ocupó esta dependencia por el menor tiempo fue Francisco S. Carvajal con sólo cinco días en el cargo. No le fue tan mal a don Francisco, pues por disposición constitucional de entonces, ascendió a presidente de la República por renuncia de Victoriano Huerta.
- En cuanto a profesiones o especialidades, la Secretaría ha contado con historiadores: Lucas Alamán; escritores: Federico Gamboa, José López Portillo, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet y José Gorostiza; generales: Santos Degollado, Cándido Aguilar, Eduardo Hay y Aarón Sáenz; juristas: Manuel Crescencio Rejón, Mariano Otero e Ignacio L. Vallarta.
- Pasaron de secretarios de Relaciones Exteriores a presidentes de la República: Manuel de la Peña y Peña, Sebastián Lerdo de Tejada, Francisco León de la Barra y Pedro Lascuráin. Este último ocupó la presidencia por escasos pero aciagos 45 minutos, suficientes para designar como secretario de Gobernación a Huerta, cargo siguiente en la línea de sucesión y, así, consumir formalmente la usurpación.
- Un ministro de Relaciones Exteriores dio su nombre a una doctrina internacional —Genaro Estrada—, en tanto que otro fue el primer mexicano en alcanzar el Premio Nobel. Me refiero, por supuesto, a Alfonso García Robles, cuyo nombre hoy enaltece a este auditorio.

En fin, que ha existido una variedad de profesiones, caracteres, tendencias y, también, uno que otro diplomático.

Cuando se nos hizo ésta, para mí, emocionante invitación, se apuntó la posibilidad de que abordásemos la actuación de algún Canciller. Yo he escogido a Sebastián Lerdo de Tejada, el gran liberal de la Reforma, quien formó mancuerna indestructible con Juárez y advino héroe cívico de la República.

Fundo mi preferencia en el hecho de que, no obstante que le tocó desempeñarse en una etapa especialmente angustiosa de nuestra historia, su comportamiento, a mi juicio, estableció una regla de conducta que es digna de imitarse.

En efecto, Lerdo de Tejada nos enseñó que existe una sola tesis, fundamento perenne de nuestra gestión internacional —la soberanía nacional—, pero diferentes políticas para realizarla. La soberanía nacional es, en lo externo, lo que la soberanía popular es en lo interno; las políticas son los instrumentos, los medios, para conducir al logro de las metas superiores apuntadas.

Variadas fueron las políticas de Lerdo de Tejada con respecto a Estados Unidos, a Europa y a Latinoamérica. A los vecinos del norte, por un lado, les rechazó su indebida pretensión de lograr el paso por el Istmo de Tehuantepec y, por el otro, les solicitó su apoyo, material y diplomático, a la causa republicana frente a la intolerable intervención francesa.

En Europa estaban rotas las relaciones con España, Inglaterra y, por supuesto, Francia. Con todos ellos buscó, abierta o subrepticamente, el entendimiento diplomático; a todos ellos exigió el respeto a la integridad territorial y a la dignidad nacional.

Con Latinoamérica rechazó la retórica —inflamatoria pero estéril de los discursos circunstanciales— para sustituirla por una auténtica mancomunidad de principios y de interés.

En resumen, Sebastián Lerdo de Tejada fue un varón de las relaciones internacionales de México y un defensor permanente de nuestras mejores causas republicanas.

Por acertada o desacertada que haya sido la actuación de un Canciller —y varias veces es una mezcla de ambas—, lo cierto es que el cargo lleva, aparejado a transitorios honores protocolarios, responsabilidad y trascendencia histórica.

Creo que todos pasamos horas de gran preocupación, a veces rayadas en depresión, como también momentos de suprema exaltación.

De triunfos y derrotas está compuesto el cargo; de momentos cimeros con “c” y simeros con “s”; ésto es, de la cumbre a la profundidad.

Meditando sobre ese contrastante claro-oscuro, he querido encontrar ejemplos de uno y otro extremos. Creo que el de mayor amargura y desesperación lo vivió Manuel de la Peña y Peña a quien, tanto como secretario de Relaciones Exteriores como presidente de la República, le tocó el triste encargo de aceptar y celebrar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el cruel e injusto instrumento por el cual México sufrió la amputación de más de la mitad del territorio nacional.

En el lado opuesto —el de la luz y de la gloria, que la historia es avara en entregar—, sin duda uno de los momentos estelares lo constituyó la devolución de “El Chamizal”, vibrante triunfo del tesonero y patriota Manuel Tello.

En fin, que la historia de los cancilleres es interminable, como sin fin y, por ende perpetuas, son las relaciones internacionales de México.

A escasos metros de donde ahora nos encontramos existe una inscripción que a la letra dice:

El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy.

Tres siglos después de la fecha anterior —casi al día—, el 4 de octubre de 1821 se creó la Secretaría de Negocios y Relaciones Interiores y Exteriores, hoy Secretaría de Relaciones Exteriores. Ésa es su antigüedad; ése su abolengo histórico.

Durante 168 años esta Secretaría se ha empeñado, y sigue empeñándose, en decirle al mundo que ese pueblo mestizo a que alude la inscripción transcrita, es libre y digno; que él, *y sólo él*, determina su destino; que ha rechazado y continuará rechazando toda injerencia externa, que es permanente defensor de la paz y la seguridad internacionales.

He hablado de cancilleres y Cancillería. Para completar el triángulo básico de nuestras relaciones exteriores, falta mencionar el sector al que Genaro Estrada llamó, apropiadamente, “la primera trinchera de la soberanía nacional”: el Servicio Exterior Mexicano. Este servicio —que por remoto, a veces es olvidado— constituye el mandatario fiel y eficaz, el ejecutor cotidiano, de nuestra acción internacional. Él también merece un libro con nuestro emocionado agradecimiento.

Detrás de las variadas máscaras que, en ocasiones, la diplomacia impone usar, hay un solo rostro verdadero y persistente —el de la soberanía nacional— como los volcanes de nuestro entorno geográfico, es el eterno fundamento de nuestras relaciones internacionales.
